

Simon LEGASSE, *Le Procès de Jésus. La passion dans les quatre évangiles*, («Lectio divina. Series commentaires», 3), Ed. du Cerf, Paris 1995, 632 pp., 21 x 13, 5.

El mismo A. nos explica en el prólogo que este comentario de los relatos evangélicos sobre la pasión de Cristo prolonga y completa su obra anterior dedicada a este tema (*Le Procès de Jésus. L'Histoire*, (Lectio Divina, 156, Ed. du Cerf, Paris 1994). La finalidad perseguida es la de captar el mensaje que los evangelistas pretenden exponer, cada una de sus interpretaciones, como autor, teólogo, catequeta, pastor, según los datos tomados de sus propias fuentes o de la tradición.

Después de recordar que el relato de la pasión ocupa un lugar en los evangelios, se refiere al escándalo que suscitó siempre la muerte de Jesús y cómo los evangelistas, cada uno según sus conocimientos y su propias preocupaciones teológicas y pastorales, procura explicar el hecho desde su propia perspectiva, a veces diversa de la de los otros. En todos se da un elemento común. La necesidad urgente de comprender y justificar semejante muerte (cfr. p. 16s.). Nos parece interesante la observación que hace, citando a Ch. Perrot, al decir que todos los métodos tienen su interés siempre que se utilicen con sentido del humor. Con ello manifiesta su intención de rechazar la pretensión de exponer su interpretación como la única posible.

Inicia el estudio por S. Marcos con el arresto de Jesús y el juicio ante el Samedrín. Continúa con las negaciones de S. Pedro, con el juicio ante Pilato, las burlas de los soldados. A continuación estudia cuanto sucede en torno al muerte del Señor y lo concerniente a su sepultura. Termina con una síntesis en la que trata del contexto general del evangelio, quién es Jesús y qué hace. Alude a la polémica que suscita el relato de

Marcos sobre la culpabilidad de los dirigentes del pueblo judío en la muerte de Jesús, y termina con el contenido parénético del relato, en especial para los primeros destinatarios (cfr. p. 156s.).

En la parte dedicada al evangelio de S. Mateo, además de los puntos estudiados en S. Marcos, habla también del precio de la traición y de la guardia montada junto al sepulcro de Jesús. En la síntesis se fija en el cumplimiento de las profecías, así como de la majestad del Hijo de Dios. Se refiere a la polémica sobre la culpabilidad de los judíos en el proceso de Cristo.

En tercer lugar estudia el relato lucano. Vuelve a tratar los mismo puntos que los evangelistas anteriores. También hace una síntesis en la que plantea el porqué de la pasión y sufrimiento de Cristo. Trata, además, de Pilato y lo romanos, para analizar cómo el Pretor reconoce la inocencia del reo, aunque acabe cediendo. En un epígrafe titulado «parénèse et édification» expone, de modo sucinto, la intención parénética del evangelista (cfr. pp. 448s.).

En el estudio del relato joánico comienza recordando la conocida división basada en los diversos lugares en que se desarrolla la acción: el huerto de Getsemaní, la casa de Caifás, el pretorio y el Calvario. Señala que la fórmula *taúta eipón* de Jn 18, 1 es una fórmula de conexión de lo que sigue con lo anterior (cfr. p. 456, nt. 1). Es decir, el relato de la Pasión está precedido de una introducción preparatoria por Jn 17, la oración sacerdotal de Cristo, o de la Gloria, dos claves importantes para entender el contenido teológico del relato joanneo y que Legasse no parece advertir en dicha fórmula de transición.

Considera que el título Jesús de Nazaret tiene una carga peyorativa (cfr. p. 463). Nos parece una observación valiosa, pues de modo implícito se niega que

Jesús naciera en Belén y, por lo tanto, no podía ser el Mesías. Nazareth era, además, una aldea sin brillo ni historia. Por eso el título lo refiere S. Juan, de ordinario, como usado por los enemigos del Señor, o por quienes desconocen aún su verdadera condición. Por otra parte, es un título que el evangelista lo usa casi como un reto. Es decir, lo utiliza para presentar el lado humilde del Señor, su condición humana, tras de la cual se esconde su grandeza divina. De todas formas, es un modo de designar los judíos a Cristo; desde los tiempos más remotos, así como a sus seguidores los llamaban, y los llaman, nazarenos, pero nunca cristianos, pues ello supondría reconocer a ese Jesús de Nazaret como el Mesías o Cristo. Sin embargo, la fuerza de influencia judía es tan fuerte que han conseguido que el título de Jesús de Nazaret se difunda entre los mismos cristianos, siendo el título casi manido de muchas biografías de Jesucristo. Ocurre algo parecido al nombre de Israel sobrepuesto al de Palestina, cuyos territorios han acabado llamándose Cisjordania o Franja de Gaza, con la resistencia de los palestinos que siempre hablan de la liberación de Palestina.

En p. 474 refiere como Jesús es apesado y atado, detalle que Juan destaca. En p. 486 vuelve a referirse a esta circunstancia. De ese modo, dice el A., se subraya la soberana independencia que Jesús ha demostrado en sus palabras. No parece clara la explicación. Nos parece más plausible la presencia de una referencia a la *Aqedá*, o atadura de Isaac, a que se alude en claro recurso deráshico.

Al comentar la escena tercera del Pretorio, refiere la doble interpretación del verbo griego *ekáthisen* (Jn 19, 13). Se inclina por el sentido intransitivo (se sienta Pilato), sin dar valor a la otra interpretación que estima mejor un sentido transitivo (Pilato sienta a Jesús en el tribunal), más acorde con el valor teoló-

gico de glorificación, acorde con la perspectiva y planteamiento del hagiógrafo.

Afirma de modo categórico que el Discípulo amado no es Juan Apóstol, el hijo de Zebedeo, «malgré le témoignage des Pères de l'Eglise, car rien le signale dans l'évangile» (p. 543). Además, sigue diciendo, el evangelio supone un largo periodo de reflexión que lo aleja de los principios. Esta razón no parece decisiva, pues si Juan escribe su obra al final de su larga vida, ya ha pasado tiempo suficiente, unos sesenta años, para haber alcanzado una profunda comprensión de la figura y el mensaje del Maestro, dejando a un lado la acción del Espíritu Santo que también contribuyó a esa tan profunda comprensión del Misterio de Cristo. Se puede decir que no es fácil saber con certeza absoluta el cómo y el cuándo, y quién escribió el IV Evangelio. Pero parece poco serio afirmar de modo categórico que el Discípulo amado no puede serlo en modo alguno Juan el de Zebedeo, aunque lo digan los Padres de la Iglesia y diecinueve siglos de tradición prácticamente unánime.

Al estudiar Jn 19, 25-27 hace un amplio recorrido por las diferentes interpretaciones. Termina inclinándose por un interpretación casi literalista, minimizando el papel de María en el Calvario (cfr. pp. 544ss.). Tampoco acepta que el «ya» (en griego *ede*) del Jn 19, 28 aluda a la escena anterior, a pesar de la clara conexión del v. 27 con el 28, con referencia al cumplimiento de la obra de Cristo. Sin embargo, tampoco aquí las razones aducidas resultan convincentes.

Al final presenta una bibliografía bien seleccionada y actual, dividida en diversos apartados, correspondientes a los cuatro evangelios. Los índices, temático y onomástico, completan este trabajo de interés para el estudio de la Pasión de Cristo.

A. García-Moreno